

Cuadernillos de poesía colombiana

7

Eduardo Carranza

ESTUDIO Y SELECCION DE DANIEL ARANGO

---

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

---

**EDUARDO CARRANZA** bordea los 26 años. En el grupo "Piedra y Cielo", en donde se inscribe la más reciente promoción del canto espiritual colombiano, domina con su inteligencia y con su verso, grávido de esencias poéticas.

Actualmente regenta cátedras de literatura en el Colegio Mayor de N. Señora del Rosario, cuya espléndida revista redacta, también, y en el Instituto Pedagógico de Bogotá. Colabora asiduamente en *El Tiempo* y en "Revista de las Indias"

Ha editado **CANCIONES PARA INICIAR UNA FIESTA** y la 4ª entrega de *Piedra y Cielo*: **SEIS ELEGÍAS Y UN HIMNO**.

# Eduardo Carranza

## I

“Mueven al espíritu fuerzas tan misteriosas que no es posible precisar siempre qué llega a él con mayor resonancia”. Esta sentencia de Keyserling me ha reclamado con frecuencia. No se trata ya de explicar las supuestas categorías del arte sino de mostrar cómo el espíritu, sordo a previstas leyes humanas, atiende la voz del sueño, simple y poderosa. El misterio del mundo es tan grande como el misterio de la emoción y nunca sabremos en este lado de la vida —lo lógico— qué oscuras razones mueven el día y las palabras. Desde muy lejos, en la frontera de lo incierto, asegura el corazón sus secretos y los motivos menores se tornan poderosos bajo el imperio de la belleza. Lo humano, dificultado por su propio lastre de polvo, sujeto al turbio río de la experiencia, pierde su influjo en ese vago comienzo del alma donde el hombre nace para su anhelo cada día, viniendo a ser, entonces, lo circunstancial, lo extrínseco, lo falible. Lo que ha corrido sin origen, batido por arduas voces y limitado.

Estas observaciones conservan para la poesía una importancia viva, tan permanente y necesaria como para ninguna otra indagación de la inteligencia. El problema de la deshumanización ha sido escamoteado y sometido a mentidas clasificaciones de fuerza por quienes conciben ilusorios terrenos poéticos, sustentando las divisiones preceptivas, relegadas al campo del pragmatismo. Nunca será posible precisar la mayor fuerza en los dominios del espíritu como no es posible tampoco señalar grados a las fuerzas. El alma no se rige por catálogos de influencia ni ve en todas las cosas un contenido evidente. Vive en una amorosa sinrazón, entreviendo la señal imposible, girando a lejanos jardines como una brújula de flores. Tratar de medir la huella que le ha ceñido el paso de la belleza sería confundir la lírica con cualquier convención estética. El poeta es valorado en factores cordiales ya que en él se percibe como en nadie el angustiado correr de las horas, la silenciosa marea del mundo. Pero esto, que conserva su verdad para el juicio, se convierte al indagar su proyección en un peligroso termómetro de donde escapan la esencia y el reflejo y fijan altos grados el adjetivo y la prosopopeya. El poeta, el gran poeta, no puede medirse por el engañoso caudal lírico ni por lo que se ha dado en llamar, con tan irresponsable ligereza, “fuerza poética”. Hay una poesía que roza apenas, que compendia en su levedad, como una flor, las fuerzas oscuras de la tierra, que transporta en su leve arquitectura el más escondido peso del alma, que hiere sin dolor como el sueño. La poesía, no toda deslumbramiento, pasa muchas veces como la invisible sombra del aire, apenas discernible entre las palabras, sosteniendo el poema con la misma vida silenciosa con que la savia sostiene la apariencia desahogada del lirio. Ascendido a esa altura, el hombre olvida su parva cualidad humana, el mezquino límite temporal que detenía su mirada. Es un regreso por sí

mismo, un súbito ascenso adonde escapan las convenciones habituales, las simples virtudes o miserias, el pequeño sentido de lo racional. Es su "estado de gracia", la efímera ficción, el sueño que lo sostiene y lo aleja y en donde, como una hoja colgada del viento, resiste el puño del granizo.

## II

Por la poesía de Eduardo Carranza, igual que por ese valle detenido al principio del corazón, cruzan altas doncellas, leves como la sombra de la música, hechas de aire como el vuelo. Por ella pasa el mundo que todos soñamos en la memoria de la sangre, recogiendo en un breve vuelo las imágenes presentidas. Allí el surtidor crece bajo la luna y la novia espera, delgada, entre los jazmines. María sube en un débil aire de ángeles, inaugurando el rocío con sus manos de quieta luz y sobre la celestial cabeza el halo del arco-iris. La canción se mueve como un cuerpo pálido entre la niebla. El tiempo es como caminar enamorado. Las palabras vuelan sin definición y pensamos que nos faltan sentidos. Que la belleza huye entre la propia mirada, adonde el día sube como una bandera azul y detrás de las rosas, donde la tarde cae llena de voces. Allí entendemos el dolor de un perfume, el rumor de las hojas entre la noche, el beso que se abre como una flor quieta y temblando. Es la mañana del hombre, poblada de sombras tan frágiles como el silencio. Un río pasa entre los árboles cantando al cielo que lleva en el pecho. Alguien vaga como una flor desprendida, como una atmósfera pequeña en un disperso destino de nube. Las horas desean ser abril. Viene a lo lejos el llanto de los violines y las enredaderas tiemblan presintiendo la serenata. El amor olvida su espina confidencial y alza el verso como una lámpara de niebla: "Ella, casi de nada, humano viento" y su voz "blanco cielo del sonido". Ella con "brazos de parados vuelos" y "el aire de azucena que la expresa". Bajo ella viviendo el mundo, como un bosque, hecho sólo para que piensen los pájaros. Como una floresta de dulces voces, en la distancia ajena al deseo. Corre un largo viento sobre las rosas diciendo su nombre. Su nombre, igual a ir contando estrellas. Igual a sentir la lengua aromada. Como decir dónde se va acabando la noche.

El día sube en ondas doradas... En una floreada brisa de olán... Las sombras cruzan el mundo con la luna azul en el pecho. Se oye, como una arpa, el canto lejano...

## III

La voz de Eduardo Carranza ha buscado acentos en los más grandes poetas del idioma, particularmente en Góngora, Becquer y Juan Ramón Jiménez. Estas influencias, tan funestas para quienes no penetran su calidad, son en su poesía subfondos vitales, lejanías que no disminuyen la visión personal. Eduardo Carranza no es solo el continuador de la eterna lira romántica sino un creador, de tal fluidez y belleza, que comparte con Rafael Maya —dadas sus épocas y diferentes posiciones— el más alto sitio de la poesía colombiana actual y uno de los mayores en la lírica española contemporánea. Con Eduardo Carranza llegó a la poesía colombiana un mundo no visto antes, sostenido por aéreas palabras, donde vivían los ademanes del cristal, las muchachas pasando como nubes entre los sueños. Esta voz extraña a las gentes, acostumbradas al desahogo doméstico de tantos vates solventados por la irresponsabilidad crítica, no tuvo su inmediata comprensión, siendo mirada —y todavía se asegura a voz en cuello!— como una jerga de palabras incomprensibles y artificiales. Tal idea, resultado de una tradición sospechosa en materia poética como es la nuestra, donde los

más puros nombres alternan con versificadores anecdóticos, ha perdido su fuerza original y hoy, gran parte del público, ve en Eduardo Carranza al alto poeta que es en realidad. Las pequeñas reticencias que aún restan son imposibles de vencer. El poeta se adelanta al pueblo, siendo como el profeta de su sensibilidad, y el pueblo no alcanza su verdadera estatura. No lo comprenden así quienes ignoran que la poesía es como un río donde las ondas mudan constantemente, corriendo por el mismo cauce y reflejando el mismo cielo. Ni los que sueñan todavía con el modernismo. Pero esto es lo accidental; el repetido filisteísmo literario. Eduardo Carranza al aparecer en la poesía colombiana marca un suceso porque inicia un gran movimiento. Un movimiento de revaluación de grandes motivos de belleza, reblandecidos por largos años de vulgaridad o sepultados fatalmente. La rosa, las golondrinas, el pañuelo blanco de lágrimas, las enredaderas y el surtidor, la novia y el olvido, toda esa dulce estirpe becqueriana, belleza de siempre, revela su puro contenido en la voz de éste gran poeta —Maestro ya de una generación— que no ha tenido la difusión continental que merece.

#### IV

En época de tan notoria crisis espiritual como ésta, cuando el hombre, rotas las convenciones de siglos enteros, flaquea angustiado, la poesía —vivo reflejo del mundo— no podía permanecer en sus quietas vertientes, en el estático paraíso del alma. Esa desazón universal, el movimiento sorpresivo de quien se pára en la mitad del camino preguntando adónde va y si es ese el camino, encuentra diversas direcciones, inmediatos rumbos en la poesía, voz estable y profética. La racha contradictoria mueve al hombre a esa altura donde es visible lo terreno con su pavorosa fragilidad, su amargura, las formas deleznable que lo resumen. Es la evasión del hombre, la fuga perpetua por sí mismo que ya ha explicado en un fino ensayo Gerardo Valencia. Pero este irse lejos, este vuelo atribulado no lo despoja del polvo que lleva consigo, de la fuerza terrenal que lo impulsa fuera del mundo. El hombre llega al término de la ficción, pero allí, en ese sitio lejano, y perfecto, oye el tremendo viento que lo hizo ascender. Las palabras celestes y frías son, detrás de su cristalina corteza, la misma pregunta, el mismo temblor apercibido, las mismas lágrimas que lo movían entre la tierra. Es por esto que la deshumanización no es más que un desligarse aparente de la vida, una altura sujeta a la marca que rompe y bule en el sér, una cima ideal adonde hemos llegado por entre piedras, como vamos a los sueños entre la sangre. El problema de la deshumanización del cual he hecho observaciones al comienzo de estos párrafos, no conserva para la crítica esa verdad definida que propicia tantos engaños y clasificaciones en la poesía actual. Los supuestos defectos de frialdad, irrealidad, son defectos atribuidos. La gran parte de la poesía española contemporánea, juzgada como parasitaria de una fría posición intelectual, no es ni parasitaria ni fría. Es, sí, intelectual. Y lo intelectual no es más que una categoría de la emoción. Como si dijéramos: la forma inteligente de la emoción. Es un afán de velar los sentimientos, de darles sencillez elaborada, de no desnudarse en público. Esto hace de la poesía colombiana del momento, un movimiento importante, asomado a las visiones universales, nuevo, en el profundo sentido que esta palabra representa. “Piedra y Cielo”, —nombre tutelar del más selecto grupo de nuestros poetas actuales— es, dentro de sus defectos y escaseses, una contribución significativa al rico caudal de la poesía castellana. Significativa porque ha reflejado en una poesía de innegable pureza, las sugerencias que cruzan el espíritu, las finas fuerzas que dirigen el sensible giro del corazón, el eterno cielo que se abre como una inmensa flor sobre el mundo. Los poetas de “Piedra y Cielo” sienten la poesía con toda la torturada búsqueda que

entraña, con esa responsabilidad y esfuerzo de quien conoce las escondidas maravillas y sabe que a ellas no se llega en las improvisaciones sentimentales sino en la lucha incesante de la belleza.

Es una poesía deshumanizada? No, absolutamente. La pregunta es absurda y no conserva ninguna realidad. Es una poesía libre de pequeñas adherencias, de frasecillas casuales, de lazos aparentes con la emoción. Es una poesía que comienza donde acaba la inspiración manual y pretende fijarse en signos esenciales. Esto encarna un problema diferente que ya no linda con los postulados deshumanizantes. Un simple problema de comprensión, de sensibilidad. La deshumanización ha propuesto un yerro fatal: medir lo humano; creer en lo humano como una cosa dada, hecha de las menudas tristezas que los días arrastran. Lo humano es la carne, las personas, el polvo, lo real, pero también el sueño, los fantasmas, la memoria, lo imaginado. No se puede decir: esto toca más de cerca al hombre. Es más humano lo que da la medida de nuestra obligación que lo que nos empuja a desconocerla? Y en el poeta, medida de lo eterno, puede clasificarse ésta proximidad? Lo humano es lo que reclama al hombre en dirección cualquiera, bien sea más allá de la vida. Y la poesía, siempre es humana. En este caso particular de "Piedra y Cielo" conserva su indispensable verdad porque reclama al hombre a lejanías olvidadas, a dulces direcciones donde es bello comenzar a cantar. Estas mujeres que pasan por la poesía de Eduardo Carranza, inclinadas sobre la música, delgadas como una hoja, o niñas apenas en la gloria del mediodía, son tan nuestras y más cercanas que las gritadas en las tremendas vigiliadas del sexo. No es un lugar angélico y frío el que habita la poesía de Eduardo Carranza. Es, sí, un lugar remoto, a la medida de débiles vientos, pero lleno de escalas por donde baja el amor a la tierra. Sus versos viven como el humo, subiendo en líneas azules y resumiendo el alma del fuego que lo produce. Como una flor, con las raíces ocultas. Pero su poesía, trémula y suelta, conserva esa fuerza ideal que domina el turbio sentido de las corrientes.

## V

Eduardo Carranza es el poeta mayor de su generación. "Canciones para iniciar una fiesta", su primer libro, es de una extremada calidad y en él vive ese mundo que ha creado el poeta con las claras palabras de la alegría. En una ronda imaginaria las muchachas rodean el aire y a la orilla de sus cuerpos nace la brisa. Angeles blancos transportan el aroma de los jazmines y hadas mínimas toman el pulso de los pétalos. Este bello libro, poético en todas sus líneas, resume la voz de Eduardo Carranza. Allí está, digamos en estado de nebulosa, todo el caudal que su poesía utiliza. Toda esa riqueza precipitada, resentida de imágenes accesorias, que en su último cuaderno, "seis elegías y un himno", encuentra un acento de apaciguada hermosura.

Eduardo Carranza domina el panorama de su generación no sólo como su más alto poeta, sino por su permanente atención a todas las luces de la inteligencia. No ha hecho crítica pero ha fijado, con la más amplia sencillez intelectual, las voces de los mayores poetas contemporáneos en notas rápidas y elogiosas por donde pasa un aire leve de canción. Como la de sus compañeros, su obra es el principio de lo que debe a la poesía. De aquí las grandes dificultades que he tenido para encontrar un juicio exacto.

**Daniel ARANGO**

# Canción de niebla, nublosa

....una perdida estrella....

Becquer

La neblina olvidándose el paisaje.  
Me duele en todo el cuerpo el corazón,  
en las nubes de vago pensamiento  
y en esta pura isla de canción.

Siempre recién clavándose esta flecha,  
aires traspasa de serenidad,  
y el alma es una túnica que han  
dejado desmayar sobre un espejo.

En el salón sin fondo de la ausencia  
crece el lloroso musgo de olvidar  
su risa, escalerilla de cristal  
donde rodaba azul, una mañana.

La enredadera del poema busca  
su voz, tallo en aroma de jazmín,  
y oculta, flor, su nombre al no decir  
bajo tenues hojitas de palabras.

Calzada va de ritmo silencioso  
por la pista de hielo del soñar:  
qué aroma delirante y vago olán,  
qué jardín solitario entre su brisa!

Cuánto rumor dorado el de su pelo,  
entre garzas de luna, flotador,  
y en su voz auriolada, qué temblor,  
sobre azules gacelas de mirada!

Dibujo de ángeles y mariposas  
en la dulce piscina de la luz,  
tan de lirio y regazo, tan de azul,  
su amor, y qué rapsodia entre la noche.

Adiós, adiós, su vago —olán— velero.  
Me duele en todo el cuerpo el corazón,  
y en esta pura isla de canción  
una palma de anhelo tiembla, sola.

Con sus dedos brumosos de distancia,  
una hoja en su álbum pasa el mar:  
mi playa de salobre soledad  
apaga sus fogatas de esperanza.

Ya, por la orilla blanca del silencio,  
no más el paso tibio de su voz,  
ni por el entresueño su color  
de nombre siempre dicho por la tarde.

No más el cálido cantar que había  
bajo su piel y ya ninguna vez  
su andar de lirio que era como es  
una escala del piano que avanzara.

Tras la neblina —soñadora de árboles—  
la luz ríos y puertos bordará  
en los velos del alma y del espacio.

Adiós, adiós, su corazón velero!  
Amor, cuyo cristal, no teme ya  
el ácido diamante de la muerte.



# Viñeta para ilustrar una elegía

Se habla de la mujer cantada por

Eduardo Castillo

"María, Señora de mis pensamientos  
que añoras y sueñas en tierra lejana"

Eduardo Castillo

## I

Los brazos entre olanes, sonreídos.  
La estela de su voz llena de abejas.  
Su sangre de amapolas circulantes.  
Y la hoja perfecta de la frente  
levemente curvada por el sueño  
como el pecho de un ave cuando canta.

La sombra de sus manos que el rocío  
confunde siempre con las azaleas.  
Sus manos como un cuento de neblina.  
Sus manos que recuerdan a los hombres  
una música hundida en la memoria  
hace mil dinastías de ruiseñores.

Su boca como un beso detenido.  
Como decir alondras y dulzura  
y flotar sobre el prado del delirio.  
Su risa de cristales incendiados  
corriendo de la mano con las fuentes.  
Su risa como un velo desceñido.

Y sus hombros de luna deslizada.  
Su paso con cintura de violetas.  
Y su manera de inclinar la frente  
como jazmín vencido por su aroma,  
como lirio embriagado de pureza  
cuando la tarde piensa las estrellas.

Su cuerpo de fluyentes ademanes  
por donde fluye la armonía del alma.  
Su presencia indecible de rosales,  
de palomas dormidas, y tan bella  
como sentirse enamorado cuando  
suenan violines en la lejanía.

Y su mirada de brillante aroma.  
Su palabra de musgo y de tibieza  
en donde parpadean margaritas.  
y su cuello de espuma en equilibrio.  
Y su pelo trenzado por el alba  
en dos partido, suspirosamente.

## II

Vivía en el extremo del recuerdo,  
en ciudad perfumada de silencio.  
Las flores escalaban su cabeza  
y, por la tarde, las enredaderas  
alzaban su pregunta florecida  
preguntando a la reja por su nombre.

Tú la viste, Maestro. Fue tocando  
el piano de concierto de los ángeles?  
O tras la ojiva de la nueva-luna?  
O en el regreso de una golondrina?  
O tras el abanico de los cielos  
estrellado de síes indecisos?

Tú la cantaste con tu voz, Maestro,  
tan antigua y tan dulce como el beso,  
con tu voz que tenía en los luceros  
su raíz y la cima en tu palabra;  
cantando la llevaste entre tu voz  
bajel-insignia de la poesía.

Y fuiste como un Robinson Crusoe  
que tuviera su isla entre los labios,  
isla de música donde ella era  
tu voz, llena de arpas, que yo canto:  
de pie y dorada como la mañana,  
blanca y de pie como una lluvia blanca,  
de pie y azul como un celeste pino.

Mas si hubieras estado en su presencia  
de nácares humanos y de cálidas  
respuestas a la sangre interrogante,  
Tú, Maestro, con voz educadora  
de azucenas, los ojos cerrarías  
para que ella siguiera siendo sueño.

Y la amaras con tal pureza pura  
como ahora, Maestro, que estás muerto.

# Elegía a Maruja Simmonds, sobre el cielo de Popayán

"Como si hubieran apartado un rosal,  
o suspendido el ritmo de un cantar,  
o abatido, de pronto, una bandera".

Gerardo Valencia

## 1

En Popayán de piedra pensativa.  
En su clima de tibia melodía.  
Bajo una antigua niebla de leyendas  
y un trémulo glosario de campanas,  
era Maruja Simmonds dulce y firme  
con su alma de roble y de violeta.

Bajo ese breve cielo de su frente,  
dos primavera mínimas: los ojos.  
Dos recuerdos de luna eran sus manos.  
Y en su voz anidaba una paloma  
de dulzura, de llanto, de sonrisa.  
Asomaba la luna por su hombro.

Como un arroyo húmedo de cielos  
bajando por los días era su cuerpo.  
Como estatua morena de azaleas.  
Como caliente nudo de perfume.  
Como humana respuesta a las estrellas.  
Así Maruja Simmonds en la tierra.

Dibujada en la luz de Popayán.  
Por un arpa escoltada y una rosa.  
Dos abejas azules en sus sienes  
zumbaban y era el alto mediodía,  
el cenit amoroso del verano,  
la dorada estación de la alegría.

## 2

Miro con la mirada del poema:  
tres doncellas avanzan por un prado,  
—Verde alfombra de ritmo vegetal—:  
Maruja como el Hada del Rocío,  
Mercedes como el Ángel de las Frutas,  
Carmiña de cristales indecibles.

Van tejiendo guirnaldas de canciones.  
Son un techo de aroma los naranjos.  
Y piensan arco-iris las hortensias.  
Carmiña como un ramo de jazmines.  
Y Mercedes con nubes en el habla.  
Y Maruja morenamente hecha  
de distancia y altura como un ala.

3

La muerte con sus ojos de violeta  
acechaba en el aire y las ventanas.  
Como un viento violeta era la muerte  
gimiendo por los largos corredores.  
Como invasora niebla de violetas  
y violines violeta sollozando.

La muerte con sus manos de violeta  
cerró unos párpados. Maruja Simmonds  
fue como un dulce río detenido:  
río ascendido a nube para siempre.  
Y hay naranjos de luto para siempre,  
y voces para siempre ya de luto.

4

Ese cuerpo de aroma, ese vacío  
azul y transparente del rosal.  
La escondida presencia constelada,  
sensible sólo al tacto del recuerdo.  
La verdad cristalísima del sueño.  
Así Maruja Simmonds en su cielo.

Una tronchada música inclinándose  
como invisible orquídea de sonido  
en no sé qué ventanas, más allá.  
Una ausencia indeleble de bandera.  
Así Maruja Simmonds en su cielo.  
En su vida sin tiempo como el sueño.

5

Se asoma hacia la tierra por los pájaros  
y en su nombre nos miran azaleas.  
Hay un lirio en el sitio de su cuerpo.  
Mariposas preguntan por su voz  
en un voluble idioma de reflejos.  
Asomada en su alma ella sonríe,  
detrás del aire, pensativamente.

y 6

Su tumba: el cielo sobre Popayán.  
Su epitafio: de nubes anhelantes.  
Su lápida: es el aire azul y claro  
que clavan los luceros como clavos.

# Canciones para despertar a la bella durmiente

## 1.—NADADORA

Te veo entre gladiolos de agua, flotadora,  
niña de quieta luna con límites de aroma:  
con la flor de la espuma, cristalina paloma,  
la onda anida en ti, y tu roce la dora.

Bajo la palma azul del día estás ahora.  
Al balcón de los árboles una nube se asoma.  
Mecida en los guaduales la luz canta y aroma  
un jazmín escondido en tu voz nadadora.

Hay una brisa mínima como el alma de un velo.  
Una palmera sueña en la orilla del cielo  
y se enreda en el sol de tu fresca melodía;

yo canto humanamente tu humana primavera,  
y tu boca, del canto la boca verdadera,  
y tus manos alzadas que sostienen el día.

## 2.—LA VOZ

En su vaguedad traía  
ese aroma, la tibieza  
aromosa del jazmín:  
en su tibieza me trae  
esa voz, la lejanía  
tibia de su corazón.

## 3.—PERFUME

Hoy a las seis en punto del recuerdo,  
niña, nos encontramos en la esquina  
de tu pañuelo.

## 4.—AMOR

Quiero  
el lucero que late entre tu pulso.

### 5.—IMAGEN CASI PERDIDA

Eres como la luz alta y delgada.  
Como el viento eres clara sin saberlo.  
Vacila tu actitud como la tarde  
suavemente inclinada sobre el mundo.

Eres hecha de sueños olvidados  
y te olvido de pronto, como a un sueño.  
Mi corazón te busca como el humo  
busca la altura y hacia ella muere.

Como una tibia flor te lleva el día  
prendida entre sus labios. Eres alta,  
azul, delgada y recta como un silbo.  
Te recuerdo de pronto, como a un sueño.

### 6.—DORADA AMIGA

Al pasar por mi alma  
la tarde se hace música.  
Ya su vencida gracia  
se desploma en mi hombro:  
y me vienen deseos  
de tomarle las manos  
y hablarle como hablara  
a una amiga dorada.

### 7.—MUERTO DE AMOR

Cuando la tarde cuelga de la primera estrella  
y llueve su ceniza azul de las campanas,  
cuando aromas traspasan el alma como espadas  
y lloran los sauces su propia cabellera:

Cuando el aire acongojan una espina divina  
y el flechazo de la divina golondrina,  
cae, como una gota límpida de sonrisa,  
tu nombre entre mi sueño que te sueña! Oh Florida!

Entonces bastaría tu presencia de trino  
para quebrar sublimemente mi corazón  
como si fuera un poco de silencio vertido  
en un vaso de lágrimas azulado de amor.

Una mirada tuya bastaría solamente  
para estarse mil años oyendo el ruisenior:  
y decir en seguida: te traigo un ramillete  
de tardes y violetas atadas con su voz.

Cuando la tarde viene con sus alas de música  
y anida en tu regazo, dorada y lueñemente,

como una mano el cielo desciende hasta mi frente  
y, si te nombro, vagas estrellas me circundan.

Entonces, caen las flores vencidas de nostalgia,  
ebrias, lánguidamente, de su propia fragancia,  
que una paloma lleve en guirnalda romántica,  
a la ventana donde me olvidas cada día.

Una flauta dibuja cañadulzales blancos,  
pastoras de aereidad —dulce talle mimoso—  
finas praderas de humo con tréboles dichosos  
y ángeles con esuelas de idioma floreado.  
Yo, parado en la punta exacta de la noche  
con mi voz en la cima del árbol amoroso,  
levantando los brazos pregunto: en dónde ahora  
tus ojos estrellados se abren como flores  
y está feliz el viento con tu cuerpo glorioso.

Pregunto en qué perfume de imprecisa ribera  
navegarán tus manos apartando la brisa  
cuando la tarde llega como un paracaídas  
donde viaja la noche de palomas morenas.

Por ti que estás girando en la órbita más pura  
y tienes por satélites mariposas y lirios,  
por ti que vuelas casi de olanes y dulzura,  
por ti de tierna música delicada, Bien mío:

por ti, por ti que avanzas bellamente  
quebrando ese delgado cristal de los instantes  
y por tus repentinos ángeles de rubor,  
—la saben las estrellas encima del desvelo—  
deshojo margaritas cortadas en tu sueño  
y estoy muerto de amor.

# Domingo

*En donde un hombre se lamenta  
como un hombre.*

Un domingo sin tí, de tí perdido,  
es como un túnel de paredes grises  
donde voy alumbrado por tu nombre,  
es una noche clara sin saberlo  
o un lunes disfrazado de domingo;  
es como un día azul sin tu permiso.

Llueve en este poema, tú lo sientes  
con tu alma vecina del cristal:  
llueve tu ausencia como una agua triste  
y azul sobre mi frente desterrada.

He comprendido cómo una palabra  
pequeña, igual a un alfiler de luna  
o un leve corazón de mariposa,  
alzar puede murallas infinitas,  
matar una mañana de repente,  
evaporar azules y jardines,  
tronchar un día como si fuera un lirio,  
volver granos de sal a los luceros.

He comprendido cómo una palabra  
de la materia azul de las espadas  
y con aguda vocación de espina,  
puede estar en la luz como una herida  
que nos duele en el centro de la vida.

Llueve en este poema y el domingo  
gira como un lejano carrusel:  
tan cerca estás de mí que no te veo,  
hecha de mis palabras y mi sueño.

Yo pienso en tí detrás de la distancia,  
con tu voz que me inventa los domingos  
y tu sonrisa como vago pétalo  
cayendo de tu rostro sobre mi alma.

Con su hoja volando hacia la noche,  
rayado de llovizna y desencanto,  
este domingo sin tu visto bueno  
llega como una carta equivocada.

La tarde, niña, tiene esa tristeza  
del aire donde hubo antes una rosa:  
Yo estoy aquí, rodeado de tu ausencia,  
hecho de amor y solo como un hombre.



## Azul de Tí

Pensar en tí, es azul, como ir vagando  
por un bosque dorado al mediodía:  
nacen jardines en el habla mía  
y con mis nubes por tus sueños ando.

Nos une y nos separa un aire blando,  
una distancia de melancolía;  
yo alzo los brazos de mi poesía,  
azul de tí, dolido y esperando.

Es como un horizonte de violines  
o un tibio sufrimiento de jazmines  
pensar en tí, de azul temperamento.

El mundo se me vuelve cristalino  
y te miro, entre lámpara de trino,  
azul domingo de mi pensamiento.

## Muchacha como isla

Fiel a un destino de isla deseada  
tienes brazos alegres de bahía  
y una playa de tierna melodía  
en tu voz, de palmeras sombreada.

Pues te ciñe una mar apasionada  
y te sueña mi azul marinería,  
yo te nombro en mi dulce geografía  
Tierra del Beso, Islaflordorada.

Tienes de espuma nácar la sonrisa  
y en tí vuelan olanes como brisa  
bajo un cielo alto de palabras mías.

Isla que dora un clima adolescente:  
hacia tí va la proa de mi frente  
y a tí canto, a la sombra de los días.

## Tema de ausencia

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?"

Juan Ramón Jiménez

En el sitio del alma donde empieza  
a olvidarse un perfume, en la imprecisa  
frontera donde el aire se hace brisa  
y estrellada nostalgia, la tristeza;

Como en una congoja de belleza  
o entre un sueño borrándose, Alisa,  
en un lugar apenas de sonrisa  
inclinás vagamente la cabeza.

Humo divino de mi propio fuego,  
me tienes rodeado, casi ciego,  
luchando con tu rostro diluido.

Penumbra de tí misma, el verte enlazas  
con el no verte y por mi canto pasas,  
de niebla, entre el recuerdo y el olvido.

## La niña de los jardines

Esta es la luz que pinta los jardines

Rafael Pombo

En qué jardín del aire o terraza del viento,  
entre la luz redonda del cielo suspendida,  
creció tu voz de lirio moreno y la subida  
agua surtió que te hace de nube el pensamiento?

A tus años abraza su tibio encantamiento,  
como una enredadera de música, la vida;  
y es onda de jazmín tu alma, conducida  
por la brisa de más hermoso movimiento.

Alzas al sol los brazos —surtidores de gozo—  
como al fin de una danza y un azul alborozo  
de ángeles te rouéa y esbeltas melodías.

Sabes el alfabeto rosado de las rosas,  
tu corazón columpia todas las mariposas  
y cantan como pájaros en tu hombro los días.